

YIYUN LI

*Más generoso
que la soledad*

Galaxia Gutenberg

泰山

YIYUN LI

Más generoso que la soledad

Traducción de
Laura Martín de Dios

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Kinder Than Solitude*
Traducción del inglés: Laura Martín de Dios

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo 2016

© Yiyun Li, 2014
Reservados todos los derechos
© de la traducción: Laura Martín de Dios, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 4118-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-48-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Dapeng, Vincent y James

No puedes vivir y haber vivido, mi querido Christophe.

ROMAIN ROLLAND, *Jean-Christophe*

Capítulo uno

Boyang habría dicho que la pena hacía a las personas menos banales. Sin embargo, la sala de espera del crematorio no se diferenciaba de cualquier otro lugar: el ansia por ser atendido el primero y la sospecha de que los demás habían recibido un trato mejor recordaban el mercado o la bolsa. Un hombre le dio un empujón al tender el brazo para hacerse con varios ejemplares del mismo impreso. Y seguro que no tendrá más de un cuerpo que incinerar, se dijo Boyang, riéndose para sus adentros. El hombre lo fulminó con la mirada, como si la desgracia personal le hubiera concedido el derecho a lo que el mundo no le debía.

Una mujer de negro entró apresuradamente y buscó por todas partes un crisantemo blanco que debía de habersele caído antes. El funcionario, un anciano, observó mientras la mujer volvía a prendérselo en el cuello de la prenda que llevaba, y sonrió a Boyang.

—No sé por qué no pueden tomarse las cosas con más calma —comentó el hombre cuando Boyang se compadeció de él por lo que tenía que aguantar—. Siempre igual. La gente olvida que quien se precipita sobre los frutos dulces que ofrece la vida también se precipita hacia la muerte.

Boyang se preguntó si el funcionario, una persona que nadie deseaba conocer y que, una vez conocida, pasaba a formar parte de un recuerdo poco grato, encontraba solaz en aquellas palabras. Tal vez también hallaba satisfacción en saber que quienes no lo trataban con consideración acabarían regresando, aunque algo más tiesos. La idea lo congració con el hombre.

Cuando el anciano se acabó el té, se pusieron con el papeleo para la incineración de Shaoai: el certificado de defunción, que recogía como causa de la muerte una insuficiencia respiratoria tras una neumonía aguda, el permiso de residencia con el sello oficial de baja y el carnet de identidad. El funcionario comprobó la documen-

tación con sumo cuidado, incluida la identificación de Boyang, dibujando puntitos debajo de los números y las fechas que Boyang había anotado. El joven se preguntó si el hombre se habría fijado en que Shaoai le sacaba seis años.

—¿Es usted pariente? —preguntó el funcionario cuando levantó la vista.

—Amigo —contestó Boyang, imaginando la decepción en los ojos del anciano al confirmar que el joven no acababa de enviudar a los treinta y siete años. Boyang añadió que Shaoai llevaba veintiuno enferma.

—Menos mal que todo tiene un fin.

No pudo por menos que coincidir con las palabras carentes de consuelo del anciano. Boyang se alegró de haber disuadido a la tía, la madre de Shaoai, de ir al crematorio. No habría sabido protegerla ni de las buenas intenciones ni de la maldad de los extraños, y el dolor de la mujer lo habría incomodado.

El funcionario le dijo que volviera al cabo de dos horas, y Boyang se fue a pasear al Jardín del Verde Perpetuo. Shaoai se habría reído al ver los cipreses y los pinos, los símbolos de la juventud eterna en un crematorio. Se habría burlado del dolor de su madre y del ensimismamiento de Boyang, incluso de su propio y deshonesto fin. Ella mejor que nadie habría sabido sacar provecho a la vida. Con lo que odiaba lo apocado, lo gris y lo corriente, con su mordacidad implacable... Qué lástima que ese filo se hubiera oxidado, pensó Boyang una vez más. El deterioro, que se había alargado demasiado, sólo había conseguido convertir la tragedia en un engorro. Cuando sobreviene la muerte, lo mejor es que ésta concluya su acto aniquilador al primer intento.

En lo alto de la loma, árboles de mayor edad custodiaban elaborados mausoleos. Algunos pájaros, cornejas y urracas, graznaban tan cerca que Boyang podría haberlos alcanzado con una piña, aunque le faltaba el público para hacer algo tan infantil. A pesar del escaso interés de Coco por aquellas cosas, si estuviera allí sabría cómo convertir el tiro en algo gracioso y mostrarse impresionada cuando él le enseñara los piñones que escondía el fruto. Coco tenía veintiún años, aunque ya había adoptado la apatía del que está de vuelta de todo, y sus deseos (demasiado desmedidos para su edad, o demasiado pobres) atañían a las comodidades tangibles y a los bienes materiales.

Al final de un camino había un pabellón que albergaba el busto de bronce de un hombre. Boyang golpeó los pilares con suavidad y, aunque parecían bastante sólidos, la madera no era de buena calidad y la pintura estaba descolorida y se descascarillaba en algunas partes. Según lo que ponía en la placa, la edificación no tenía ni dos años, y el ramo de lirios de plástico que alguien había dejado al pie del letrero parecía más marchito que falso. Desde que la economía había empezado a florecer, daba la impresión de que el tiempo avanzaba a una velocidad vertiginosa en China: lo nuevo envejecía enseguida y lo viejo quedaba relegado al olvido. Algún día él también podría permitirse, si así lo deseaba, que lo convirtieran en un busto de piedra o de metal con el que alcanzar una inmortalidad menor y de la cual pudiera reírse la gente. Con un poco de suerte, Coco, o la mujer que la sustituyera, derramaría una lágrima o dos delante de la tumba... Si no por un mundo en el que él ya no iba a estar, entonces por una juventud desperdiciada a su lado.

Una mujer apareció en la cuesta de la colina y, al verlo, dio media vuelta de manera tan brusca que Boyang apenas tuvo tiempo de verle la cara, enmarcada por un pañuelo estampado en color blanco y negro. Boyang se fijó en el abrigo oscuro y en el bolso de marca que colgaba del brazo y se preguntó si se trataría de la viuda de un hombre rico o, mejor aún, de una querida. Por un instante consideró la idea de darle alcance y charlar un rato con ella. Si se caían bien, podían detenerse en un pueblecito de camino de vuelta a la ciudad y escoger un restaurante limpio de por allí donde degustar algunos platos típicos del lugar: boniatos asados en un bidón de metal, pollo guisado con setas pretendidamente «orgánicas y de cultivo local» y unos sorbitos de aguardiente de boniato que ayudarían a que sus historias fluyeran con mayor facilidad y a que valiera la pena prolongar la comida. Ya en la ciudad, volverían a verse o no dependiendo de las ganas que tuvieran.

Boyang regresó junto al mostrador a la hora convenida. El funcionario le informó de que habría un pequeño retraso ya que una familia había insistido en revisarlo todo para evitar cualquier contaminación. ¿Contaminación con las cenizas de otra persona?, preguntó Boyang, y el anciano sonrió y contestó que si había algún lugar donde la gente veía atendidos sus caprichos, era allí. Pues sí que hay que tener mano izquierda, comentó Boyang, y luego quiso saber si había ido una mujer sola a incinerar a alguien.

—¿Una mujer? —repitió el funcionario.

Boyang valoró si describírsela, pero decidió que debía andarse con cuidado con un hombre de rostro afable y un sutil sentido del humor. Cambió de tema y charlaron acerca del nuevo reglamento municipal sobre bienes inmuebles. Más tarde, cuando el funcionario le preguntó si querría echarle un vistazo a los restos de Shaoai antes de que los convirtieran en cenizas (el funcionario le explicó que así lo pedían algunas familias, mientras que otras preferían recoger los huesos ellas mismas para darles un final adecuado), Boyang declinó la oferta.

Que todo hubiera acabado de esa manera resultaba un alivio tan poco reconfortante como el tibio sol que adornaba el salpicadero del coche mientras Boyang regresaba a la ciudad. Había informado a Moran y a Ruyu del fallecimiento por correo electrónico. Sabía que Moran vivía en Estados Unidos, aunque no estaba seguro del paradero de Ruyu. Seguramente también se encontraba en Estados Unidos, o tal vez en Canadá, Australia o en alguna parte de Europa. Dudaba que hubieran mantenido el contacto entre ellas y ninguna había llegado a contestarle cuando había intentado comunicarse con alguna de las dos. El primer día de cada mes, les enviaba un correo electrónico por separado en el que les informaba (recordaba) de que Shaoai seguía viva. Nunca les hablaba de las visitas a urgencias, una vez por insuficiencia respiratoria y varias por paro cardíaco. Restringir la información le ahorra tener que esperar una respuesta. Shaoai siempre se había recuperado, se aferraba a un mundo al que ya no le importaba ni tenía cabida para ella, y los breves mensajes que Boyang enviaba le habían ofrecido cierta sensación de permanencia. La lealtad al pasado sienta las bases de una vida que se acaba por no vivir, ya sea de modo fortuito o voluntario, y el empeño de Boyang había conservado esa alternativa intacta. Estaba convencido de que el silencio de Moran y Ruyu le daba la razón; un silencio tan categórico sólo podía significar que la lealtad al pasado de ellas también estaba a la altura de la suya propia.

Cuando el médico certificó la muerte de Shaoai, Boyang no sintió pena ni alivio, sino rabia, rabia porque al final resultaba que se había equivocado, porque se le negaba la reunión a la que consideraba que tenía derecho. En sus fantasías, ellos, Moran, Ruyu y él, eran viejos, incluso ancianos, un hombre y dos mujeres que casi habían llegado al final de sus vidas mortales y que coincidían por

última vez junto al lago de su juventud. Puede que Moran y Ruyu contemplaran su vuelta a casa como un epitafio natural, por no decir triunfal. Él llevaría a dicha celebración a Shaoai, cuya presencia convertiría las décadas de acumulación de Moran y Ruyu (matrimonio, hijos, carrera, bienestar económico) en la ridícula colección del que todo lo acapara. La mejor vida es la vida que no se ha vivido, y Shaoai sería la única que podía atribuirse esa victoria.

Sin embargo, él compartía la misma insensatez que ellas, y las necesitaba para poder reírse de su propia locura. No tener con quién reír se hace más intolerable que no tener con quién llorar una muerte. Tal vez no habían visto el correo electrónico donde les informaba de la defunción, al fin y al cabo sólo estaban a mediados de mes. Boyang sabía, de manera intuitiva, que las direcciones electrónicas de Moran y Ruyu no eran las que ellas utilizaban de manera habitual, igual que la suya, que sólo usaba para comunicarse con ellas. Que Shaoai se le muriera así, cuando menos lo esperaba, y que ni Moran ni Ruyu hubieran contestado a su correo electrónico hacía que la muerte pareciera irreal, como si Boyang estuviera ensayando a solas algo para lo que necesitaba la participación de las otras dos mujeres. No, de las tres. Shaoai también debía estar presente en su propio funeral.

Un Porsche plateado lo adelantó en la autopista y Boyang se preguntó si lo conduciría la mujer que había visto en el cementerio. El móvil vibró, pero no lo sacó de la funda del cinturón. Había cancelado las citas que tenía concertadas para ese día y lo más probable era que se tratara de Coco. Por lo general, Boyang solía ser bastante vago acerca de dónde iba a estar para que fuera ella quien tuviera que llamarlo y estar lista en el caso de que hubiera cambios de última hora. Tenerla en ascuas le reportaba el placer de conservar el control. «Viejo ricachón», sus amigas y ella debían de haber utilizado a sus espaldas ese término importado, aunque en una ocasión en la que, medio borracho, le había preguntado a Coco si era así como lo veía, la chica se había echado a reír y había contestado que Boyang no era tan viejo. «Joven ricachón» era como lo había llamado posteriormente, guiñándole un ojo, mientras hablaba con una amiga por teléfono, y más tarde él le había agradecido su generosidad.

Tuvo que dar varias vueltas hasta que logró encontrar un sitio donde aparcar, cerca del complejo de apartamentos, construido

mucho antes de que los coches formaran parte de la vida de sus inquilinos. Un hombre que estaba limpiando el parabrisas de un vehículo pequeño, con pinta de manufactura china, le lanzó una mirada de pocos amigos cuando Boyang salió de su coche. Boyang mantuvo la suya y se preguntó si el hombre le rayaría el BMW o le daría una patada al neumático o al guardabarros cuando él no estuviera delante. Por descontado, ese tipo de conjeturas acerca de otras personas reflejaban su propia vileza, pero un hombre no debe permitir que el mundo le tome la delantera a su imaginación. Boyang se enorgullecía del desdén que sentía tanto por el resto como por sí mismo. El mundo en el que vivimos, igual que muchos de sus habitantes, trata mejor a un hombre cuando éste apenas muestra humanidad.

Antes de que abriera la puerta del apartamento con su propia llave, la tía se le adelantó. Por lo rojos e hinchados que tenía los párpados, la mujer debía de haber estado llorando, pero anduvo ocupada de un lado para el otro, casi como si estuviera animada, mientras le preparaba un té que Boyang le había dicho que no quería, le ponía delante un plato de pistachos y se interesaba por la salud de sus padres.

Boyang preferiría no saber nada de aquel apartamento de una sola habitación que, a pesar del mal estado en que se encontraba cuando los tíos lo ocuparon con Shaoai, apenas había cambiado en los últimos veinte años. El mobiliario era viejo, de los años sesenta y setenta, compuesto por mesas y sillas de madera y somieres de hierro sin su lustre original, perdido mucho tiempo atrás. La única adición había sido un andador metálico usado que habían comprado a buen precio en el hospital donde la tía trabajaba de enfermera antes de jubilarse. Boyang había ayudado al tío a serrarle las ruedas, ajustar la altura y fijarlo a una pared. Tres veces al día, Shaoai se asía al andador con ayuda y practicaba aguantarse sola en pie para fortalecer los músculos.

Las sábanas viejas enrolladas en los reposabrazos estaban desgastadas de tanto uso, y el sucio metal de debajo asomaba entre los abundantes desconchones de la pintura de color azul cielo. Boyang pensó que nunca más tendría que persuadir a Shaoai con un caramelo para que practicara; aunque, ahora que ya no estaba ¿su mundo había mejorado para él? Como el río que se desvía, el tiempo que había transcurrido en otras partes, había dejado atrás el apar-

tamento y a sus ocupantes, y había convertido sus vidas y sus muertes en fósiles de un pasado intrascendente. Los padres de Boyang habían comprado cuatro propiedades en la última década, cada una mayor que la anterior. Su hogar actual lo constituía una casa unifamiliar de dos plantas a la que nunca se cansaban de invitar a amigos para mostrarles la bañera de mármol, la lámpara de araña importada de Italia y los relucientes electrodomésticos alemanes. Boyang había supervisado las reformas de las cuatro viviendas y administraba las tres que estaban en alquiler. Él mismo disponía de tres apartamentos en Pekín. El primero, comprado cuando se casó, se lo había dejado a su ex mujer en un gesto de magnanimidad con el que pretendía escarmentarla después de que el hombre con quien lo había engañado no se divorciase de su propia mujer, como había prometido.

Una fotografía en blanco y negro de Shaoai, ampliada y enmarcada en negro, colgaba junto a otra del tío, que había muerto cinco años antes a causa de un cáncer de hígado. Habían colocado una bandeja de fruta fresca delante de las fotografías, naranjas abiertas en cuatro partes, rajas de melón, manzanas y peras, todo intacto, con aspecto céreo y artificial. La tía le mostró el pequeño altar a Boyang, con timidez, como si tuviera que demostrarle que sentía el dolor justo: en exceso, la convertía en un engorro; escaso, sugería negligencia.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó la mujer cuando se le acabaron los temas de conversación, que debía de haberse preparado antes de que él volviera.

La imagen de la tía mirando la hora cada pocos minutos y preguntándose dónde estaría el cuerpo de su hija inquietó a Boyang, quien se arrepintió de haberla presionado para que no fuera al crematorio, aunque ahuyentó ese pensamiento de inmediato.

—Todo ha ido bien —contestó—. Sobre ruedas.

—No sé cómo me las habría apañado sin ti —dijo la tía.

Boyang sacó la urna de la bolsa de seda blanca y la colocó junto a la bandeja de fruta. Al acercarse, evitó mirar la foto de Shaoai, que debía de pertenecer a la época universitaria de la joven. En los últimos veinte años, Shaoai había doblado su tamaño, y su rostro había perdido la línea definida de la barbilla. Estar hecha de carne blanda y fofa y desaparecer en un horno... Boyang se estremeció. El cuerpo, aun ausente, ocupaba más espacio que cuando vivía.

Boyang se acercó de pronto al andador de la pared y sopesó la posibilidad de desmontarlo.

—Pero no lo tiraremos, ¿verdad? —dijo la tía—. Podría venirme bien algún día.

Reacio a dejar que la tía encaminara la conversación hacia el futuro, Boyang asintió con la cabeza y dijo que tendría que irse pronto, que había quedado con un socio.

La tía contestó que por descontado, que no quería entretenerlo.

—He enviado un mensaje a Ruyu y a Moran —dijo Boyang, ya en la puerta. Era un acto de cobardía sacar sus nombres a colación, pero temía que, de no descargarse, pasaría otra noche bebiendo más de lo que era aconsejable para la salud, desentonando intencionadamente en el karaoke del bar y contando chistes verdes en voz demasiado alta.

La tía se detuvo como si no lo hubiera oído bien, por lo que Boyang repitió que había informado a Moran y a Ruyu. La mujer asintió con la cabeza y dijo que había hecho bien en decírselo, aunque Boyang sabía que mentía.

—Pensé que le gustaría que lo hiciera —dijo Boyang. Era cruel aprovecharse de una anciana que no se encontraba en posición de protestar, pero necesitaba hablar con alguien de Moran y Ruyu, necesitaba oír sus nombres en boca de otra persona.

—Moran es una buena chica —dijo la tía, alargando el brazo para darle unas palmaditas en el hombro—. Siempre he creído que es una pena que no te casaras con ella.

Hasta el más inocente es capaz de cometer un crimen despiadado cuando se siente acorralado, y a Boyang le maravilló la facilidad con que la tía había infligido un dolor tan punzante. No era propio de la mujer comentar nada acerca del matrimonio de Boyang. Entre ellos sólo hablaban de Shaoai. El joven le había contado lo de su divorcio, pero no había tenido que recordarle, como en cambio sí se había visto obligado a hacer con sus padres, que era mejor no hablar de ello; y dejar caer que Moran hubiera sido mejor partido, obviando el otro nombre de manera intencionada... Boyang sintió la repentina necesidad de castigar a alguien, aunque se limitó a negar con la cabeza.

—Casado o no, ahora tengo que irme —contestó.

—Y pensar el tiempo que hace que no sabemos nada de Moran... —insistió la tía.

Boyang hizo caso omiso del comentario y dijo que volvería a pasarse por allí, esa misma semana. Le había preguntado acerca del entierro de los restos incinerados de Shaoai, pero la mujer había dicho que no estaba preparada. Boyang sospechaba, tal vez de manera injusta, que la tía se aferraba a la urna de cenizas porque era lo único que lo ataba a aquel apartamento, ya que no eran parientes.

Cuando Boyang regresó al coche, vio que tanto su madre como Coco lo habían llamado. Marcó el número de su madre y, después de hablar con ella, envió un mensaje a Coco para decirle que estaría ocupado el resto del día. En aquellos días, Coco y su madre eran básicamente las dos personas que competían por su atención. Boyang había decidido que no valía la pena que se conocieran: una representaba algo demasiado pasajero en su vida y la otra algo demasiado permanente.

Acudir a casa de sus padres después de salir del apartamento de la tía resultó un alivio. Reformada como si fuera a aparecer en una revista, la casa ofrecía el velo perfecto detrás del que esconder todo lo que no era de su agrado. En ningún otro lugar como allí Boyang comprendía la importancia de invertir en trivialidades: los objetos bonitos, como las bebidas caras y las amistades entretenidas, exigen pensar poco y no sentir nada más allá de lo que a uno le rodea.

La noche anterior habían invitado a cenar a unos amigos, le explicó su madre. Había sobrado mucha comida y se le había ocurrido que Boyang podía acercarse por allí y hacerles el favor de encargarse de los restos. Boyang se echó a reír y dijo que no sabía que fuera su compostador. Sus padres se habían vuelto muy exigentes en cuanto a sus hábitos alimentarios y estaban obsesionados con los beneficios para la salud, o la carencia de éstos, de todo lo que entraba en sus cuerpos. Boyang sabía que habían pedido una cantidad de comida excesiva para sus amigos y que ellos apenas la habían tocado.

Durante la cena, la conversación giró en torno a los gemelos de su hermana, que habían nacido en Estados Unidos, los precios de la vivienda en Pekín y en una ciudad costera, donde sus padres estaban barajando la posibilidad de comprar un apartamento junto al mar, y la ineficiencia de la nueva asistenta. Hasta que no hubo retirado los platos, su madre no le preguntó si se había enterado de la muerte de Shaoai, como si acabara de acordarse. Para entonces, su padre ya se había retirado a su despacho.

Boyang no había visto motivo para compartir con sus padres que había mantenido el contacto con los de Shaoai y que había adoptado el papel de cuidador cuando las enfermedades y las muertes habían visitado a aquella familia. Si en algún momento habían sospechado que algo lo unía a la familia de Shaoai, habían preferido obviarlo. La clave del éxito, según el padre de Boyang, residía en la capacidad de vivir la vida con criterio selectivo, de olvidar lo que era mejor no recordar, de desentenderse de las personas inferiores e irrelevantes y de admitir la superfluidad de las emociones humanas. La fama y los beneficios materiales son secundarios, aunque no tienen nada de excepcional si se sabe escoger qué parte de la vida vivir con sabio desapasionamiento. Como ejemplo que respaldaba aquella convicción tenían a la hermana de Boyang, física de renombre en Estados Unidos.

—Eso he oído —contestó Boyang.

La tía debía de haber compartido la noticia del fallecimiento con sus antiguos vecinos y al joven no le sorprendería que uno de ellos (tal vez más de uno) hubiera llamado a sus padres. De existir algún placer en informar sobre la muerte, éste se hallaría en la realización de esa llamada, durante la cual la cortesía a duras penas habría conseguido enmascarar la recriminación.

Su madre volvió de la cocina con dos tazas de té y le tendió una. Boyang torció el gesto al comprobar que la mujer llevaba la conversación hacia un terreno que se alejaba del cómodo repertorio de temas habituales. Boyang acudía siempre que ella lo llamaba. Según él, el mejor modo de mantener las distancias era satisfaciendo todas las necesidades de su madre.

—Bueno, ¿y qué te parece? —preguntó su madre.

—¿El qué?

—Todo —contestó ella—. No me negarás que no es una pena.

—¿Una pena?

—La vida de Shaoai, ¿qué, si no? —insistió su madre, mientras recolocaba la solitaria cala del jarrón de cristal que había en la mesa—. Aunque si la eliminas de la ecuación, otras vidas también se han visto afectadas.

Boyang sintió la tentación de preguntarle qué otras vidas le merecían ni un minuto de atención. La sustancia química que habían hallado en la sangre de Shaoai procedía del laboratorio de la madre de Boyang, si bien nunca había quedado claro si se había tratado de

un intento de asesinato, de un suicido fallido o de un desafortunado accidente. La familia de Boyang no hablaba de aquel caso, pero él sabía que su madre nunca había conseguido liberarse de su rencor.

—¿Lo dices porque tu carrera se fue al garete? —preguntó Boyang.

Tras el incidente, la universidad había tomado medidas disciplinarias contra la madre de Boyang por la mala gestión de las sustancias químicas. Todo habría quedado en un suceso lamentable, en una pequeña mancha en un expediente académico por lo demás impecable, si ella no hubiera insistido en depurar responsabilidades. Los laboratorios del departamento se regían por unas normas anticuadas, que concedían a los estudiantes de posgrado el acceso a las sustancias químicas. La madre de Boyang admitió que era una desgracia que se hubiera malogrado una vida, y no se oponía a que se la amonestara por permitir que hubiera tres adolescentes sin supervisión en su laboratorio, pero en cualquier caso se trataba de una mala gestión de seres humanos, no de sustancias químicas.

—Si quieres hablar de mi carrera, desde luego: se fue al garete sin motivo.

—Pero las cosas te han ido bien —repuso Boyang—. Incluso mejoraron, eso no puedes negarlo.

Su madre había dejado la universidad y había entrado en una compañía farmacéutica que una empresa estadounidense compró posteriormente. Gracias a su perfecto inglés, que había aprendido en una escuela católica, y avalada por varias patentes, su sueldo triplicaba lo que hubiera cobrado como profesora universitaria.

—En cualquier caso, ¿he dicho que hablara de mí? —dijo la mujer—. Tu suposición de que sólo pienso en mí es una hipótesis, no un hecho demostrado.

—No se me ocurre otra persona que merezca tu atención.

—¿Ni siquiera tú?

—¿A qué te refieres? —La réplica fácil, pensó Boyang. La gente sólo hace esa pregunta cuando sabe la respuesta de antemano.

—¿No tienes la impresión de que el envenenamiento de Shaoai ha afectado tu vida?

¿Qué quería oír su madre?

—Uno acaba acostumbrándose a esas cosas —contestó Boyang. Aunque, tras pensárselo, añadió—: No, no creo que ese asunto me haya afectado de manera sustancial.

—¿Quién quería que muriera?

—¿Perdona?

—Me has oído bien. ¿Quién quería matarla? No parecía una persona predispuesta al suicidio, aunque desde luego eso fue lo que dio a entender una de tus amiguitas, no recuerdo cuál de ellas.

En las recreaciones mentales de la muerte de Shaoai, Boyang nunca había incluido a su madre, aunque ¿desde cuándo los padres aparecen en las fantasías de los niños? En cualquier caso, lo contrariaba que su madre hubiera prestado atención a aquel asunto y que él hubiera subestimado hasta qué punto ella estaba al tanto.

—Ya sabes que si, en un arrebato de sinceridad, confiesas que fuiste tú quien la envenenó, no pienso decir ni hacer nada —dijo—. Lo pregunto única y exclusivamente por curiosidad.

Ambos se atenían al mismo código, el de mantener la coexistencia entre dos extraños, una intimidad (si es que podía llamarse así a dicho arreglo) cultivada con disciplinada indiferencia. Boyang apreciaba aquel tipo de relación con su madre y sabía que, en cierto modo, él nunca había sido su niño y que ella, cuando se hiciera mayor, tampoco contaba con que su hijo se hiciera cargo de ella.

—Yo no la envenené —dijo Boyang—. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

—Porque preferirías una respuesta. Yo también preferiría poder decirte a ciencia cierta quién la envenenó.

—Bueno, en ese caso, sólo hay dos posibilidades: ¿quién crees que fue? ¿Moran o Ruyu?

Boyang se había hecho esa pregunta durante años. Miró a su madre con una sonrisa, procurando que su expresión no lo delatara.

—¿Tú qué crees?

—No conocía a ninguna de las dos.

—¿Cómo ibas a conocerlas? —replicó Boyang—. En realidad, ni a ellas ni a nadie.

Su madre, como él bien sabía, era inmune al sarcasmo.

—Nunca llegué a conocer a Ruyu —dijo la mujer—. A Moran sí que la vi alguna vez, pero no la recuerdo bien. Yo diría que no era demasiado brillante, ¿me equivoco?

—Dudo que haya nadie lo suficientemente brillante para ti.

—Tu hermana lo es —repuso la madre de Boyang—, pero no me distraigas. Tú las conocías bien, así que debes de tener una idea.

—Pues no —contestó Boyang.

Su madre lo miró y la imaginó reordenando en su cabeza la posición que él y los demás ocupaban, igual que lo haría con los compuestos químicos. A Boyang le recordó la vez que llevó a sus padres a Estados Unidos para celebrar los cuarenta años de casados y se toparon con una exposición de señuelos para patos en el aeropuerto de San Francisco. A pesar de las doce horas de vuelo, su madre se había detenido a examinar todos y cada uno de los patos de madera. Le fascinaban los colores y las formas, y leyó los viejos pósters de los años veinte donde se anunciaban señuelos a veinte céntimos, tras lo cual utilizó sus conocimientos sobre tasas de inflación para calcular cuánto costaría cada pato en ese momento. Siempre tan curiosa, pensó Boyang, tan desapasionadamente curiosa.

—¿Se lo llegaste a preguntar? —insistió su madre.

—¿Si alguna de ellas había intentado cometer un asesinato? —dijo Boyang—. No.

—¿Por qué no?

—Creo que sobreestimas las dotes de persuasión de tu hijo.

—¿Es que no lo quieres saber? ¿Por qué no preguntárselo?

—¿Cuándo? ¿Entonces o ahora?

—¿Por qué no se lo preguntas ahora? Puede que se sinceren contigo, ya que Shaoai ha muerto.

Para empezar, pensó Boyang, ni Moran ni Ruyu contestarían a su correo electrónico.

—Si no sobreestimas mis dotes de persuasión, desde luego sí la honradez de la gente —contestó—. Aunque, ¿no se te ha ocurrido pensar que simplemente se trató de un accidente? ¿O lo encuentras demasiado anodino?

La mujer se quedó mirando su taza.

—Cuando se ponen demasiadas hojas de té en la tetera, puede considerarse un error. Nadie pone demasiado veneno en la taza de té de otra persona por accidente. ¿O te refieres a que una de las dos, o Moran o Ruyu, era el verdadero objetivo y que la pobre Shaoai acabó tomándose el té equivocado? ¡Y pensar que podrías haber sido tú!

—¿Que hubiera sido yo el que me hubiera bebido el veneno por accidente?

—No. Lo que te pregunto es si crees que cabe la posibilidad de que alguien quisiera asesinarte.

La cala solitaria, la flor favorita de su madre, parecía amenazadora, irreal en su curvada perfección. La mujer sopló ligeramente el té, sin mirar a Boyang, aunque él estaba seguro de que aquello formaba parte del interrogatorio. ¿Su madre estaba distorsionando el pasado para alargar la conversación o dejaba entrever sus dudas? Tal vez la línea que separaba la distorsión y las dudas era tan delgada que la una no podía existir sin las otras. Desde su punto de vista, su madre lo había ignorado toda la vida de manera consciente, aunque tal vez aquello sólo era lo que él había imaginado. La última palabra sobre una madre no debería de tenerla su hijo.

Boyang admitió que no se lo había planteado nunca.

—Bueno, pues es una posibilidad —dijo ella.

—Pero ¿por qué iba nadie a querer matarme?

—¿Por qué quiere alguien matar a otra persona? —repuso ella, y Boyang supo al instante que había hablado con demasiada ligereza—. Cuando se roba veneno de un laboratorio, es con la intención de hacerle daño a otro o a sí mismo. Por lo que a mí respecta, el daño estuvo hecho en el momento en que robaron el veneno. Y no te pregunto el motivo. Los motivos por los que la gente hace las cosas escapan a mi comprensión e interés. Lo único que me gustaría saber es quién quería matar a quién, pero por desgracia no tienes la respuesta y, por desgracia, no parece compartir mi curiosidad.